



“Movimientos armados contrarrevolucionarios”

p. 323-352

Mario Ramírez Rancaño

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO XV

Movimientos armados contrarrevolucionarios

EN 1918 EMETERIO de la Garza *Jr.*, escribió un artículo en el *New York Times*, buscando demostrar que Carranza se había limpiado el camino de enemigos y que sólo quedaban pequeñas gavillas de revoltosos, los cuales ningún problema significaban. Ilustró su artículo con un mapa en el que señalaba los campos de operaciones de los jefes anticarrancistas. En la parte noroeste del país, operaban dos personaje de altos vuelos: Esteban Cantú en Baja California y Francisco Villa en Chihuahua. Martín Caballero operaba al norte de Tamaulipas y Manuel Peláez, al sur de la misma entidad. Por el Golfo de México, operaban varios jefes anticarrancistas, especialmente en el rico estado de Veracruz. Por la costa del Pacífico, parte de Michoacán era asolado por las huestes de José García Chávez; en Guerrero, transitaban varios jefes zapatistas, además de los partidarios de Silvestre Mariscal. Emeterio de la Garza reconocía que Félix Díaz tenía importancia en Chiapas y Tabasco. Por otro lado, amplias zonas alejadas de las fronteras y de las costas, no estaban bajo el control absoluto de Carranza. En Durango había jefes opositores a Carranza, y en Puebla seguía dando problemas Higinio Aguilar. Curiosamente, aseguraba que Morelos estaba bajo el poder de Carranza.

Para los editores de la *Revista Mexicana*, la intención de Emeterio de la Garza era muy loable, pero dejaba entrever precisamente lo opuesto. Esto es, que Carranza estaba rodeado de numerosos enemigos que dominaban zonas completas del país. Por lo demás, el comentarista de la citada revista, agregó que a Emeterio de la Garza le faltó mencionar a Juan Andrew Almazán,



Ignacio Morelos Zaragoza, Miranda y Martínez, que operaban en Nuevo León; a Eulalio y Luis Gutiérrez en Coahuila; a Meixueiro y Dávila en Oaxaca; Luis G. Cabral, Julián Medina y Reyna en Sonora; Díaz, Moreno y González en Jalisco y Tepic; Cíntora, Guzmán, de la Peña y Altamirano en Michoacán y Guanajuato; los Cedillo y Carrera Torres en San Luis Potosí; y a Cirilo Arenas en Puebla, entre otros.⁶⁷⁵

Al margen de tales jefes anticarrancistas que operaban en distintas partes del país, lo cierto es que a partir de 1916, fueron reiteradas las incursiones armadas montadas en el exterior tendientes a derrocar a Carranza, siendo sus cabezas tanto militares como civiles, lo cual resulta explicable en virtud de que el número de exiliados era elevado. Su éxito fue relativo y en su mayor parte, tales movimientos fracasaron y se esfumaron. Tener una idea exacta sobre su número no es una tarea fácil ya que en muchas ocasiones, se confunden con la actividad de los grupos anticarrancistas que operaban en suelo mexicano, y que en determinados momentos, para tomar un respiro, cruzaban la frontera americana, y al poco tiempo volvían a la cargada. Con tales salvedades, se calcula que hubo alrededor de diecisiete movimientos armados, que ordenados cronológicamente son los siguientes: en 1915 Victoriano Huerta armó su movimiento en Estados Unidos, el cual terminó en tragedia; en 1916 se registraron tres movimientos o conatos de movimientos, encabezados por Pedro González, Félix Díaz y Prisciliano Cortés; en 1917 hubo uno, que tuvo como cabeza a Eduardo Iturbide; en 1918, los exiliados estuvieron muy activos al registrarse media docena de incursiones armadas, que son las de Eduardo Martínez, Ignacio Morelos Zaragoza, Juan Cabral junto con Julián Medina, Espiridión Salinas, Santos Cavazos en unión de Alfredo Juárez, y finalmente la de Felipe Ángeles; y en 1919 hubo dos más, las cuales tuvieron como cabezas a Ignacio Bravo Betancourt y Aureliano Blanquet.

Las más importantes fueron sin duda la acaudillada por Victoriano Huerta y Pascual Orozco que resultó fallida y abortó en

⁶⁷⁵ *Revista Mexicana*, núm. 153, 11 de agosto de 1918.



los propios Estados Unidos; la de Félix Díaz, nacida en Estados Unidos y que adquirió expresión en suelo mexicano; la de Aureliano Blanquet que si bien se armó en Estados Unidos, se afianzó en La Habana y tuvo un trágico desenlace en las costas veracruzanas, y la de Felipe Ángeles, que proveniente de Estados Unidos, no cuajó en suelo mexicano y terminó siendo fusilado. Sobre la incursión encabezada por Ignacio Bravo Betancourt, incubada en La Habana, existen dudas sobre su veracidad, así como la promovida por Eduardo Iturbide, en Estados Unidos, de la cual dan fe algunos historiadores, pero sobre la que no se logra detectar fácilmente en la prensa ni en los archivos mexicanos. Al margen de ello, hubo otros movimientos encabezados por civiles y militares con menor renombre, sobre los cuales no se sabe gran cosa, debido en parte a que la prensa mexicana los ignoró deliberadamente.

PRISCILIANO CORTÉS

A MEDIADOS de marzo de 1916, un grupo de exiliados se reunió en La Habana para montar un movimiento armado destinado a derrocar a Salvador Alvarado, el gobernador carrancista de Yucatán. Partiendo del supuesto de que el triunfo estaba asegurado, los conspiradores proyectaban extender el movimiento por todo el sureste, hasta conectarse con el de Félix Díaz, que según sus panegiristas, crecía como la espuma y abarcaba varios estados. Los desterrados irradiaban optimismo y pregonaban que por tales fechas Félix Díaz operaba triunfante en los límites de Puebla y Veracruz. Entre los conspiradores figuraban los llamados licenciados Irigoyen, Lara y Aznar. Como en otras latitudes, el problema era encontrar a una persona con las cualidades de caudillo que encabezara el movimiento. En La Habana residía el general Guillermo Rubio Navarrete, pero todo indica que la idea no le interesó. En estas condiciones, fijaron su mira en el general Prisciliano Cortés, quien había sido gobernador de Yucatán.⁶⁷⁶

⁶⁷⁶ Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 17 y 23 de marzo de 1916, en el AHSRE, L-E-798 (3).



La designación de Prisciliano Cortés no fue fácil. Al hacer un análisis detallado de sus potenciales virtudes “caudillescas”, algunos de los conspiradores dudaron que fuera la persona idónea ya que no estaba en buenas condiciones físicas; era muy viejo, achacoso y delicado de salud. Quienes le encontraron tales defectos, y ante la negativa de Guillermo Rubio Navarrete, propusieron a un tal García, quien también conocía el territorio de Quintana Roo. ¿Pero qué sucedía con Prisciliano Cortés? Estaba en Estados Unidos, y a finales de abril llegó a La Habana. De acuerdo con el cónsul carrancista en la isla, a pesar de las objeciones en torno a su persona, el general era ansiosamente esperado por los exiliados.⁶⁷⁷ Por desgracia, sus planes nunca se cumplieron debido a que el general fue víctima de los estragos del tiempo y murió el 6 de agosto de 1916.⁶⁷⁸

SANTIAGO RIVERO

A MEDIADOS de noviembre de 1916, el general Santiago R. Rivero, exiliado en Estados Unidos, se embarcó en Galveston con dos objetivos: hacerse cargo de la gubernatura de Tamaulipas, y cooperar con Manuel Peláez en la parte oriental de México. Sin mayores problemas, el referido general desembarcó en Soto la Marina, con 300 rifles y 300,000 cartuchos, con los cuales equipó todo un batallón, e inició importantes operaciones contra el carrancismo. La prensa mexicana no le dio importancia a su arribo y el movimiento tampoco prosperó.⁶⁷⁹

PEDRO GONZÁLEZ

CASI EN forma simultánea, se registró otra incursión armada montada en Estados Unidos, al frente de la cual apareció el licenciado

⁶⁷⁷ Antonio Hernández Ferrer al director general de Consulados, La Habana, 1 y 24 de mayo de 1916, en el AHSRE, L-E-843 (1).

⁶⁷⁸ Antonio Hernández Ferrer al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 11 de agosto de 1916, en el AHSRE, L-E-843 (1) y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 390.

⁶⁷⁹ *Revista Mexicana*, núm. 63, 19 de noviembre de 1916.

Pedro González. Este jefe anticarrancista estudió en el Colegio Civil y la Escuela de Jurisprudencia de Nuevo León, ocupó puestos en el ramo judicial, y al triunfo de la revolución carrancista, estaba al frente del Juzgado de Distrito de Tamaulipas. Como otros tantos mexicanos, al vencer el Primer Jefe, se exilió en Estados Unidos. En diciembre de 1916 cruzó la línea fronteriza junto con sus lugartenientes: Alberto Hinojosa y Matías Rodríguez, al frente de una gavilla presto a derrocar a Carranza.⁶⁸⁰ De inmediato, inició sus operaciones en los alrededores de Nuevo Laredo, Tamaulipas, enarbolando el estandarte de la Reconstrucción Nacional, y proclamando como caudillo supremo de la república a Félix Díaz. Su primer baño de sangre tuvo en el lugar en la zona conocida como la Jarita. Todo indica que se trató de un encuentro sangriento puesto que salieron varios médicos y ayudantes de la Cruz Roja de Nuevo Laredo, que no iban precisamente a atender a los contrarrevolucionarios. Con motivo de la penetración de este grupo armado, se interrumpió en forma momentánea el tráfico ferroviario entre Laredo y Monterrey, y el comercio se paralizó.⁶⁸¹

EDUARDO N. ITURBIDE

EN ESTE frenesí, destaca la enigmática campaña de Eduardo N. Iturbide, apoyada por varias empresas estadounidenses, sobre la cual casi nada se sabe. En su propia biografía nada menciona. De cualquier forma, resulta importante indagar algo más sobre este personaje ya que fue gobernador del Distrito Federal durante la administración de Francisco S. Carbajal y entregó, tanto el poder como la ciudad de México, a los constitucionalistas. Fue el enlace entre el viejo y el nuevo régimen. A diferencia del resto del personal político de altos vuelos, Eduardo N. Iturbide no huyó, sino que permaneció en la ciudad de México. A principios de

⁶⁸⁰Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, p. 355.

⁶⁸¹La entrada a México de Pedro González está narrada en un informe de Melquiades García a Cándido Aguilar, Laredo, Tamaulipas, 20 de febrero de 1917, en el AHSRE, L-E-802, y en la *Revista Mexicana*, núm. 69, 31 de diciembre de 1916.



noviembre de 1914, Carranza abandonó la ciudad de México con destino al puerto de Veracruz, olvidándose de juzgarlo, como había advertido. Como la ciudad empezó a ser víctima del saqueo y pillaje, Eduardo N. Iturbide fue requerido por algunos miembros del cuerpo diplomático para que, en virtud de su experiencia y prestigio, contribuyera a guardar el orden, mientras llegaban las tropas del gobierno de la Convención de Aguascalientes. Cuando Villa llegó a la ciudad de México su suerte cambió, y fue buscado por el centauro del norte para juzgarlo por diversos crímenes y delitos.⁶⁸² Al enterarse de tales pretensiones, Iturbide sintió que su vida peligraba y durante dos meses se escondió en las casas de extranjeros, amigos suyos.

Enterado de su persecución, el gobierno americano dio instrucciones a sus agentes, John R. Silliman, George Carothers y León Canova, para que lo salvaran y, de ser posible, lo llevaran a Estados Unidos. Sus ángeles guardianes le consiguieron un pasaporte ante el presidente Eulalio Gutiérrez y a mediados de diciembre de 1914, León Canova reservó un gabinete en el pullman, lo escondió y se convirtió en su celoso guardián y protector.⁶⁸³ Al darse cuenta de que había huido, Villa dictó ordenes para atraparlo. En la madrugada del día siguiente, llegaron a Aguascalientes, topándose con que los villistas ya lo estaban buscando. Para su fortuna, el tren partió hacia Zacatecas sin que nadie tocara su puerta. Llegaron a Torreón, y el jefe de la Policía, convencido de que Iturbide viajaba en el tren, lo abordó para aprehenderlo. Canova lo negó y se opuso terminantemente a que revisara el gabinete. Como las cosas se pusieron tirantes, Canova y el jefe de la policía pactaron que el gabinete fuera vigilado permanentemente por una escolta armada hasta Chihuahua, y allí telegrafiarían a Villa para decidir qué hacer con Iturbide. Sin comunicárselo a su protector, a unos sesenta kilómetros de Chihuahua, Eduardo N. Iturbide saltó por una ventana del tren. Con ayuda de unos pastores,

⁶⁸² *Ibidem*, 148 y 151.

⁶⁸³ Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 152.

y luego de un general del ejército bóers de Transvaal, llamado Snyman, cruzó la frontera estadounidense.⁶⁸⁴

Ya en Estados Unidos, no tuvo problemas para reencontrarse con León Canova, quien lo llevó al Departamento de Estado para presentarlo ante William Jennings Bryan.⁶⁸⁵ Al poco tiempo su familia dejó México y se le unió. Tan pronto como pudo, fue a *Georgetown University* a visitar a su tío, el profesor Agustín de Iturbide y Green, nieto del emperador Iturbide, heredero al trono de México, reconocido por Maximiliano. Durante el gobierno de Porfirio Díaz, este personaje hizo sus estudios en el Colegio Militar en México, y salió de allí para incorporarse al ejército regular con el grado de alférez. Pero hizo una mala jugada: sus amigos, con inclinaciones monárquicas, le indujeron a publicar unos documentos en la prensa, en los que atacaba al gobierno, lo cual le acarreó un proceso militar. La sentencia lo llevó a la prisión de Santiago Tlaltelolco, y al salir se expatrió para siempre. Como su fortuna estaba lejos de ser cuantiosa, rápidamente acabó con ella y terminó como profesor en la Universidad de Georgetown.⁶⁸⁶

Entre los cientos de exiliados mexicanos, Eduardo N. Iturbide fue quizás el único que se relacionó con lo más granado del cuerpo diplomático acreditado en Estados Unidos. Se hizo amigo de los embajadores de España, Alemania, Inglaterra, Argentina, Brasil y Chile. Se contactó con la crema y nata de la política estadounidense como William Jennings Bryan, Robert Lansing, Lindley Garrison, con el presidente Woodrow Wilson, y con quien luego fuera presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt.⁶⁸⁷ Asimismo se entrevistó con el cardenal Gibbons y discutió los asuntos mexicanos con numerosos diputados y senadores.

A la par de ello, estuvo vinculado con el grupo promotor de la Asamblea Pacificadora Mexicana, en San Antonio, Texas. Eduardo Iturbide solía hacerse acompañar del general bóer Snyman, el

⁶⁸⁴La fuga, con tintes peliclescos, está narrada por el mismo Eduardo Iturbide, en *op. cit.*, pp. 153-175.

⁶⁸⁵*Ibidem*, p. 179.

⁶⁸⁶*Ibidem*, p. 181.

⁶⁸⁷*Ibidem*, pp. 183-184.

cual en una ocasión, llegó a intercambiar opiniones con Federico Gamboa. Snyman le confió a Gamboa, que había ido a Washington para trabajar al lado de Iturbide, en un proyecto contrarrevolucionario que requería la unión de todos los mexicanos. En otras palabras: el apoyo de todos los expatriados. Como garantía, Iturbide contaba con la simpatía de la Casa Blanca, del cuerpo diplomático y de los personajes de la banca, la industria y el comercio.⁶⁸⁸ El biógrafo oficial de Félix Díaz, habla con marcada envidia de este proyecto contrarrevolucionario. Dice que en determinados momentos, algunos mexicanos, sin gran capacidad, se sintieron con los *tamaños* suficientes para regir los destinos del país, aduciendo poseer grandes dotes de estadistas, y jactándose de supuestos derechos sobre los demás. Señala que uno de ellos fue Eduardo N. Iturbide, quien al principio se había mostrado franco y leal felicitista y, de pronto, seducido por astutos políticos mexicanos, creyó tener estatura presidencial. En resumidas cuentas, se sintió el heredero del emperador Agustín de Iturbide.⁶⁸⁹

Según el propio Iturbide, gestionó ante las altas esferas estadounidenses, la desocupación del puerto de Veracruz y el reconocimiento del gobierno de Carranza, lo cual no calza con su postura de enemigo del Primer Jefe.⁶⁹⁰ Logrado esto último, se trasladó a Nueva York en busca de empleo. Después de tantear el terreno, se dedicó a la compra mercancías baratas en los remates en los barrios judíos del *East Side*, que luego mandaba a México. Aquí, su primo Gabriel Iturbide, las revendía al por mayor, con importantes utilidades. Como se trataba de un hombre de negocios, también se dedicó a la compra de cianuro que enviaba a México, en donde era requerido en las minas para el beneficio de los minerales. Más tarde, incursionó en la compra de maíz, un producto altamente demandado en México ya que se habían perdido las cosechas.⁶⁹¹

⁶⁸⁸Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 228-229.

⁶⁸⁹Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 350.

⁶⁹⁰Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 186.

⁶⁹¹*Ibidem*, pp. 187-188.

Pero no obstante que emprendió negocios, y le fue muy bien, Eduardo N. Iturbide no estuvo a gusto en el destierro. Pascual Ortiz Rubio, su amigo de la infancia, estaba a punto de convertirse en gobernador de Michoacán, y lo conminó para que regresara a México y se ocupara de sus negocios. Todo ello, sin descartar que posiblemente el mismo Carranza lo necesitaba ya que Iturbide tenía excelentes relaciones con los estadounidenses.⁶⁹² Sea cual fuere la verdad, lo cierto es que confiado en las promesas de Ortiz Rubio, Iturbide liquidó sus negocios en Nueva York, y se preparó para regresar a México. En agosto de 1917 pasó por La Habana. En la isla, los exiliados especulaban que tenía todo arreglado con Carranza para atreverse a volver a la patria, y se mencionaba precisamente la ayuda de su paisano y amigo, Pascual Ortiz Rubio. Para los editores de la *Revista Mexicana*, el regreso de Eduardo N. Iturbide a México, entrañaba algo así como su reconocimiento a Carranza.⁶⁹³

Ya en suelo patrio, Iturbide se trasladó a Michoacán, sufriendo una gran desilusión al encontrar sus ranchos en tan mal estado, que decidió abandonarlos. Casi inmediatamente se dirigió a la capital de la república para buscar en qué ocuparse. Al llegar aquí, los agentes de la policía lo apresaron y lo encerraron en la comisaría, junto con otras personas. La orden de Carranza era deportarlo junto con otros 16 mexicanos entre los que figuraba Samuel García Cuéllar y el ex general Jesús Aguilar. Los embarcaron en un furgón de ferrocarril rumbo a Laredo, acusándolos de indeseables.⁶⁹⁴ Pero lo grave del caso, fue que el gobierno estadounidense se negaba a readmitirlos, salvo para recluirlos en un campamento militar.⁶⁹⁵

Ya en Estados Unidos, Eduardo N. Iturbide buscó en qué ocuparse nuevamente. Para su fortuna, un rico texano le ofreció la administración de una granja. Con los ingresos derivados de su

⁶⁹²Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 492.

⁶⁹³*Revista Mexicana*, núm. 104, 2 de septiembre de 1917.

⁶⁹⁴Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 188.

⁶⁹⁵Federico Gamboa, *Mi diario*, t. VI, p. 502.

condición de administrador pudo vivir sin problemas, sin embargo, volvió a incursionar en el negocio de la compra de cianuro y maíz, y su envío a México.⁶⁹⁶ Fue entonces cuando ocurrió algo que el propio Iturbide oculta en su biografía. Sucede que resucitaron sus proyectos tendientes a derrocar a Carranza. Friedrich Katz asegura que en otoño de 1917 corrieron fuertes rumores de que Eduardo N. Iturbide planeaba un golpe de estado contra Carranza, apoyado por varias empresas estadounidenses. Esto molestó a las autoridades británicas, quienes también deseaban participar en el proyecto. En diciembre de 1917, agentes estadounidenses interceptaron un documento transmitido por ciertas compañías estadounidenses, que también contemplaban el derrocamiento de Carranza. Y como se supone, la persona elegida para ocupar la silla presidencial era Eduardo N. Iturbide. A fin de cuenta, el proyecto fracasó debido a que el presidente Wilson se negó a apoyarlo.⁶⁹⁷

IGNACIO MORELOS ZARAGOZA

¿QUIÉN ERA Ignacio Morelos Zaragoza? Nació el 22 de agosto de 1853, en Monterrey, Nuevo León, hijo de José María Morelos y Genoveva Zaragoza, hermana del general Ignacio Zaragoza, vencedor de las tropas francesas el 5 de mayo de 1862, en la ciudad de Puebla. Estudió en el Colegio Civil de Monterrey y en la Escuela de Ingenieros, en la ciudad de México, graduándose de ingeniero civil. Después regresó a Nuevo León, para incorporarse como jefe del Estado Mayor del general Jerónimo Treviño. Desde este sitio, participó en las campañas contra los indios salvajes en Coahuila y Nuevo León, lo que a la postre le sirvió para ascender en la escala jerárquica del ejército. En 1885, al momento en que Bernardo Reyes asumió el mando de la entidad, el joven Ignacio Morelos Zaragoza, se puso a sus órdenes.

En 1903, Ignacio Morelos Zaragoza mostró aficiones periódicas: dirigió *El Siglo Nuevo* y colaboró en varios diarios locales

⁶⁹⁶Eduardo Iturbide, *op. cit.*, p. 189.

⁶⁹⁷Friedrich Katz, *La guerra secreta*, t. 2, pp. 167, 200 y 273.

con textos en verso y en prosa, y fue autor de varios libros que llevan por título *La paz del hogar*, *Una excursión en ferrocarril*, *La cortada*, *La masonería en Nuevo León en el centenario de la Independencia*, y también escribió obras de teatro. Por lo tanto, se trataba de un militar intelectual. Como gran parte de las personas que querían hacer carrera política, formó parte de las logias masonónicas.

Durante la gubernatura del general Bernardo Reyes, ocupó el cargo de Síndico Primero del Ayuntamiento de Monterrey (1891-1896), y a partir de 1899 y hasta 1911, fue el titular de la Inspección General de Policía. Justo en el ejercicio de este cargo, le tocó sabotear un mitin antirreeleccionista organizado por Francisco I. Madero.⁶⁹⁸ Durante el maderismo defendió las instituciones vigentes y combatió a Pascual Orozco en Coahuila y Durango. Al caer Madero, continuó en el ejército, como el resto de los miembros de esta institución. Con Victoriano Huerta fue nombrado gobernador y comandante militar de Tamaulipas. En abril de 1914, sus subalternos aprehendieron a los marines en el puerto de Tampico que, sin el respectivo permiso, pisaron suelo mexicano para abastecerse de gasolina, provocando la indignación del almirante Mayo y a la postre la invasión del puerto de Veracruz. Al ocurrir esto último, Morelos Zaragoza quedó aislado en Tampico y sin la posibilidad de obtener apoyo de Huerta para continuar defendiendo sus posiciones. Para su desgracia, todo el norte de México había caído en manos de los constitucionalistas. En vista de ello, al frente de las tropas a su mando, evacuó la plaza haciendo la travesía por tierra hasta la ciudad de México.

Con el triunfo de Carranza, le tocó cumplir parte de lo asentado en los Tratados de Teoloyucan. Licenció personalmente una

⁶⁹⁸ Una biografía publicada cuando falleció, altera este hecho y trata de pasarlo como un ferviente antirreeleccionista. Inventa que desde joven no toleró las reelecciones de Porfirio Díaz y pidió su retiro del ejército, no volviendo a ingresar a éste, sino hasta que se encumbró Francisco I. Madero en la silla presidencial. De ser cierta esta versión, ocurre que se alejó del ejército en 1888 pues se hablaba de la primera reelección de Porfirio Díaz y que sólo volvió a finales de 1911. De cualquier forma, sus panegiristas aceptan que ocupó diversos puestos públicos, entre ellos el de inspector general de policía de Monterrey, ramo que organizó en forma eficiente. Véase *Excelsior*, 20 de diciembre de 1927.

columna formada por 12,000 hombres en Apizaco, Tlaxcala, bajo la mirada del general Pablo González, que estaba de paso en este lugar. Después de ello, regresó a la ciudad de México. Para entonces, la mayor parte de los altos mandos del ejército federal habían huido del país, temerosos de que Carranza los llamara a cuentas y enviara al paredón. ¿Qué fue lo que hizo Ignacio Morelos Zaragoza? Estando en la capital de la república, empezó su viacrucis: en tres ocasiones fue sacado de su casa y reducido a prisión, sin que se le explicaran las razones de ello. Finalmente, logró su libertad gracias a la intervención de Pablo González y del propio Venustiano Carranza. Un cuarto intento por ser aprehendido y enviado a prisión lo evitó abandonando la ciudad de México e incorporándose a las tropas villistas. Por lo que se sabe, participó en las batallas de Celaya, en la que Obregón derrotó al centauro del norte, y en la que salvó a la artillería villista que estaba bajo su mando.

Ante la debacle villista, Ignacio Morelos Zaragoza se expatrió en Estados Unidos durante unos tres años. Aquí se reunió con muchos de sus compañeros de armas, y observó la consolidación de Carranza. Las intrigas, el resentimiento por haber sido arrojado de su patria, y las ansias por recuperar el poder, lo hicieron partícipe de un número desconocido de complots y de movimientos contrarrevolucionarios. Prácticamente, año con año, estuvo involucrado en la planeación de movimientos armados cuya mira era penetrar en suelo mexicano para derrocar a Carranza.

Un día, en el destierro, el general Ignacio Morelos Zaragoza les dijo a sus compatriotas: “Me voy a cumplir con el deber. Nuestras instituciones se encuentran subvertidas y la obligación de todo mexicano es coadyuvar al restablecimiento del orden constitucional interrumpido”. En la noche del 24 de marzo de 1918, acompañado de su hijo Roberto y de diez hombres más, Morelos Zaragoza cruzó las aguas del río Bravo, a cuatro leguas de Laredo, Texas. Pisó lo que llamó el “santo suelo de la patria”, y se encaminó a Santa Catarina, Nuevo León. Su misión era contribuir con Félix Díaz, Juan Andrew Almazán, Manuel Peláez y otros

jefes más, al derrocamiento de Carranza.⁶⁹⁹ La prensa mexicana no hizo eco de su entrada a México quizás porque nadie se dio cuenta de ello, aunque también cabe la posibilidad de que Carranza mataba con su silencio a los que intentaban derrocarlo. Pero hubo un medio que hizo pública la aventura contrarrevolucionaria que emprendía Ignacio Morelos Zaragoza. Se trata de la *Revista Mexicana*, que en la primera semana de abril de 1918 difunde un manifiesto dirigido a los habitantes de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Entre otras cosas, Morelos Zaragoza se presentaba como parte del extinto ejército federal, un ejército que, aseguró, depuso las armas para evitar mayor derrame de sangre. Morelos Zaragoza propuso a los habitantes de los estados fronterizos, la restauración de México bajo la inspiración de la Constitución de 1857; a Félix Díaz como jefe del Ejército Reorganizador Nacional, y al general Manuel Peláez como jefe de la región sudoriental de Tamaulipas y Veracruz. Agregó que en lo personal se incorporaría al citado Manuel Peláez, con todos los medios que tenía a su alcance. Señaló que en cada uno de los pueblos de Coahuila y Nuevo León ocupados por sus fuerzas, se constituiría un Ayuntamiento, se designarían los funcionarios judiciales encargados de hacer respetar la ley, restaurar los derechos y las garantías contempladas en la Constitución de 1857. Agregó que una vez que sus fuerzas tuvieran el control de la mayoría de las municipalidades de tales estados, se celebraría una Convención de Delegados, dos por cada ayuntamiento, para nombrar al gobernador provisional. A su vez, este último convocaría al pueblo para celebrar elecciones federales con el fin de elegir a los titulares de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. En una palabra, para restaurar el régimen constitucional, interrumpido desde que Venustiano Carranza se apropió de los poderes de la nación. En uno de sus apartados expresó que tan pronto como se reunieran las asam-

⁶⁹⁹“1918. Información reunida por Charles J. Jones”, y el Informe político. Seditiosos”, en el AHSRE, L-E837/legajo 12, la *Revista Mexicana*, núm. 173, 29 de diciembre de 1918. La historia de su entrada a México está narrada en *El Universal*, 29 de diciembre de 1918 y también en Alfonso Taracena, *LVRM (1918 a 1921)*, pp. 34 y 45.

bleas legislativas en cada Estado, dictarían determinadas reformas para “mejorar la condición de nuestro pueblo”. Como se ve, su manifiesto era básicamente político y militar, y daba una importancia secundaria a la parte social.⁷⁰⁰ El manifiesto de Ignacio Morelos Zaragoza no ocultaba que era un apéndice del movimiento de Félix Díaz, pero directamente subordinado a Manuel Peláez.

No obstante el vacío que le hizo la prensa en México, una semana más tarde, la *Revista Mexicana* volvió a referirse a Morelos Zaragoza. Alababa que a los 65 años, una edad en la que los ensueños se truncan y las energías desfallecen, cuando las aspiraciones se extinguen, la vida se pone triste y los cuerpos se encorvan buscando aproximarse a la madre tierra, el heroico general Ignacio Morelos Zaragoza aparecía venciendo todos estos obstáculos, convertido en un volcán en erupción, rompiendo la capa de hielo de la montaña.⁷⁰¹ Instalada su base de operaciones en la Sierra Madre, Morelos Zaragoza hizo un llamado a sus correligionarios tanto de Texas como del norte de México, para que se le sumaran, pero muy pocos respondieron. Algunos le respondieron en forma poco amigable, dándole a entender que nada querían saber de él. Ante esta situación, se puso en contacto con otros rebeldes que también luchaban en suelo mexicano contra Carranza. En las inmediaciones de Santa Catarina, Morelos Zaragoza se topó con Valentín Moreno, Nicolás Garza Leal, y Martín Caballero, formando un grupo de alrededor de 400 hombres, que lo reconocieron como su jefe. Después de merodear por el rumbo de Agualeguas, se fortificaron en el lugar llamado Puerto del Manzano. Como al cabo de un mes el movimiento de Morelos Zaragoza se tornó peligroso, el gobierno de Carranza decidió ponerle atención. La propia prensa hizo público que Morelos Zaragoza había cruzado la frontera, atribuyéndole haber traído a suelo mexicano una columna de cerca de trescientos hombres. El general Carlos Osuna, jefe de las operaciones militares en Nuevo León, dictó órdenes a sus

⁷⁰⁰ *Revista Mexicana*, núm. 135, 7 de abril de 1918.

⁷⁰¹ *Revista Mexicana*, núm. 136, 14 de abril de 1918 y Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VIII, pp. 357-360.

subalternos para que lo persiguieran sin descanso. Las fuerzas del coronel Ramírez Quintanilla localizaron a los que llamaban trastornadores del orden público en Puerto del Manzano y se prepararon a combatirlo. En la última semana de abril, se entabló un tiroteo que duró cerca de cuatro horas. Como resultado de ello, las fuerzas de Morelos Zaragoza fueron batidas y los supervivientes huyeron rumbo a la sierra del Gringo.⁷⁰²

A mediados de mayo, Morelos Zaragoza se reunió con Juan Andrew Almazán, pero en lugar de ayudarse mutuamente, tuvieron fuertes desavenencias. Según Almazán, Morelos Zaragoza le quitó a sus huestes y las reorganizó bajo su peculiar punto de vista. Modificó el escalafón militar, anunció que en lo sucesivo él sería el jefe, negó que Almazán fuera general, lo acusó de ser espía de los carrancistas, y de que por su culpa no había recibido medio millón de pesos destinados al pago de su tropa. Pero le dijo algo peor: que era un tipo acostumbrado a venderse al mejor postor, y de tener tratos con personalidades tan encontradas como Zapata, Villa, Cedillo, Peláez y Caballero, lo cual era cierto.⁷⁰³ Pero la versión de Morelos Zaragoza es distinta. Expresa que al poco tiempo de su llegada a México, se topó con Juan Andrew Almazán, el cual valiéndose de sus consabidas maquinaciones y engaños, usurpó el mando de su gente y se marchó con ella, dejándolo abandonado junto con Valentín Moreno y Martín Caballero.⁷⁰⁴

Después de la batalla sostenida a finales de abril contra las tropas gubernamentales, Morelos Zaragoza entró en una fase difícil y complicada. En los primeros días de junio, falleció el coronel Manuel Fernández Guerra, jefe de su Estado Mayor. Los editores de la *Revista Mexicana* le rindieron tributo expresando que se trataba de un hombre que prefirió morir en su patria, que disfrutar de la comodidad del destierro. Agregaba que su vida había sido ofrendada en aras de una “gran causa”, y que su sangre vertida no

⁷⁰² *Excelsior*, 25 de abril, 18 y 22 de mayo de 1918 y *El Universal*, 29 de diciembre de 1918.

⁷⁰³ Alfonso Taracena, *LVRM (1918 a 1921)*, pp. 34 y 37.

⁷⁰⁴ *El Universal*, 29 de diciembre de 1918 y la *Revista Mexicana*, núm. 144, 9 de junio de 1918.

sería estéril.⁷⁰⁵ Después de esto, Ignacio Morelos Zaragoza abandonó la serranía y se dirigió a Villa Santiago. El alcalde de esta localidad le proporcionó setenta pesos en calidad de donativo. De Villa Santiago se internó en el cerro de la Silla, en donde fue derrotado en dos ocasiones, escapando con 26 de sus hombres. Como sus recursos escaseaban, comisionó a una docena de personas para que los buscaran en Monterrey, pero jamás regresaron. Acompañado de su hijo Roberto, y de una media docena de personas que le quedaban, emprendió una huida desesperada para evitar ser atrapado por sus perseguidores.⁷⁰⁶ Después de combatir durante nueve meses en suelo mexicano, la aventura de Morelos Zaragoza llegó a su fin.

El 15 de diciembre de 1918, Ignacio Morelos Zaragoza fue capturado en un combate sostenido contra las tropas gubernamentales en el rancho Las Amarillas. La avanzada del gobierno preguntó “quién vive”, y como respuesta se escuchó el grito de “viva Félix Díaz”. Al darse cuenta de que se trataba del enemigo, Ignacio Morelos Zaragoza y su gente huyeron en estampida cada uno por su lado, con la resultante de que el general cayó del caballo, quedando debajo de él. En ese momento llegó el capitán González, quien al verlo le dijo: “¡Ah!, viejito, ya la pagaste”. A continuación se acercó el teniente Riojas, quien le disparó en dos ocasiones sin herirlo. Otro soldado se disponía a disparar su arma cuando el teniente Riojas lo detuvo diciéndole: “Espérate, creo que es... Morelos Zaragoza”, a lo cual este último contestó en forma afirmativa.⁷⁰⁷ De inmediato fue conducido ante el capitán José María Vargas, quien lo recibió con toda clase de consideraciones.

Al enterarse de ello, el general Alfredo Ricaut, jefe de las operaciones militares, libró órdenes para que Morelos Zaragoza fuera traslado a Monterrey, pero señaló que si en el trayecto sus

⁷⁰⁵ *Revista Mexicana*, núm. 144, 9 de junio de 1918.

⁷⁰⁶ *El Universal*, 29 de diciembre de 1918.

⁷⁰⁷ Su aprehensión y juicio están narrados en *El Universal*, 19, 24, 26, 27 y 29 de diciembre de 1918. Información similar aparece en *Excelsior* de los mismos días, en la *Revista Mexicana*, núm. 173, 29 de diciembre de 1918 y en Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 85.

correligionarios intentaban rescatarlo, lo fusilarían. La noticia sobre su captura causó gran expectación en Monterrey, en donde era ampliamente conocido por haber pasado aquí la mayor parte de su vida. La población recordaba que durante la administración de Bernardo Reyes, fue Inspector General de Policía, además de que su familia estaba emparentada con personas muy importantes. También se recordó que había sido el defensor del puerto de Tampico, cuando las fuerzas constitucionalistas al mando de Pablo González lo atacaron. Con motivo de su aprehensión, Carranza ordenó el ascenso del capitán primero José María Vargas al grado inmediato.⁷⁰⁸

El 18 de diciembre, centenares de personas se congregaron frente a las oficinas de la jefatura de operaciones militares en Monterrey, a la espera de la llegada del ex general Ignacio Morelos Zaragoza. Poco después de las nueve de la noche, llegó un destacamento de caballería custodiando al prisionero. Morelos Zaragoza vestía traje kaki, color oscuro, una gorra militar de modelo moscovita, y se cubría con una capa dragona color azul oscuro, bastante usada. Apenas llegó el prisionero, el general Alfredo Ricaut lo interrogó. Después de ello, Morelos Zaragoza fue remitido a la penitenciaría. Aquí se reunió con su hermano Miguel Morelos Zaragoza y su sobrino José, reclusos también por el delito de sedición. Lo que indica que parte de la familia estaba involucrada en la contrarrevolución.⁷⁰⁹ No se sabe cuál fue el destino de Roberto, el hijo del recién aprehendido.

En los días siguientes, la prensa difundió que Morelos Zaragoza mostraba un semblante de desencanto y desilusión, que sus ropas estaban desgarradas, y que para evitar el frío se cubría con una vieja frazada, lo cual le daba el aspecto de un hombre común y corriente. Al enterarse de su captura, su familia, que vivía en la ciudad de México, salió inmediatamente para Monterrey para atenderlo. Algunas personas y amigos que lo visitaron en la peni-

⁷⁰⁸ *El Universal*, 19 de diciembre de 1918, *Excélsior*, 19 de diciembre de 1918 y *El Demócrata*, 19 de diciembre de 1918.

⁷⁰⁹ *Excélsior*, 20 de diciembre de 1918.



tenciaría, afirmaban que mostraba todos los indicios de un enajenado mental, y que en lugar de juzgarlo, debían enviarlo a un sanatorio para que lo trataran. Además de delirar, Morelos Zaragoza pedía a gritos una banda y unas charreteras de general de división. Otra prueba de su desequilibrio mental, fue que desconoció hasta a su propia esposa e hijos, que habían llegado de la ciudad de México.⁷¹⁰

Al finalizar el mes de diciembre, Morelos Zaragoza rindió su declaración ante el juez de Instrucción Militar en Monterrey. Como resultado de ello, salió a la luz pública que varios regiomontanos estaban involucrados en su aventura contrarrevolucionaria. Por lo peligroso del caso, el juez sugirió trasladarlo a la ciudad de México. Pero antes de que fuera trasladado, sus correligionarios tramaron liberarlo de la prisión. Sólo que los promotores del plan no fueron lo suficientemente discretos y los pormenores llegaron a los oídos de la policía y del cuartel general. A causa de ello, fueron detenidos el mayor Fausto Garza, Isidro Sámano, Ramón Guevara, Antonio G. Treviño, Cesáreo G. Garza, Aurelio L. Treviño y José Maldonado. El general Ricaut anunció que había más implicados en el complot, los cuales prometió aprehender en los días siguientes.⁷¹¹

El 9 de enero de 1919, Morelos Zaragoza fue conducido a la ciudad de México a bordo de un carro especial del ferrocarril, acompañado de una escolta de treinta hombres. A las tres de la tarde del día siguiente, el tren llegó a la estación Colonia. Como de costumbre, en la estación había bastantes personas que diariamente acudían a recibir a sus familiares, llamándoles la atención la llegada del anciano militar. La escolta y el prisionero bajaron del tren, y emprendieron el viaje a pie hasta la Secretaría de Guerra y Marina, ubicada en el edificio de la calle de Moneda. Aquí, la expectación aumentó llenándose de curiosos todos los pasillos. El jefe de la escolta que custodiaba a Morelos Zaragoza, hizo la entrega de éste al general Juan José Ríos, Oficial Mayor, encargado

⁷¹⁰ *El Universal*, 24 y 26 de diciembre de 1918.

⁷¹¹ *Excélsior*, 9 de enero de 1919.

del despacho de la Secretaría de Guerra y Marina. Pero este funcionario indicó que el reo fuera llevado ante el general Agustín Millán, el jefe de la Guarnición de la plaza, a fin de que lo consignara ante las autoridades correspondientes.

La expectación se repitió en el trayecto hacia la jefatura de la Guarnición de la plaza, ubicada en el viejo edificio de Santo Domingo. En cuanto la gente se dio cuenta de lo que sucedía, se unió a la escolta observando la figura del anciano, que no obstante su edad, daba muestras de suma energía. Pero sobre todo les llamó la atención su ropa. Morelos Zaragoza vestía saco y chaleco café oscuro, pantalón claro, sombrero gris y una pantufla roja en el pie izquierdo, que el anciano arrastraba trabajosamente, a consecuencias de una herida.

En realidad, el aspecto de Morelos Zaragoza era lamentable. Poco quedaba de la arrogante figura del defensor de Tampico, durante el gobierno de Huerta. Con el paso de los años, su recta figura había desaparecido, y sus ojos dejaban traslucir un hondo sufrimiento. Con la mano derecha, temblorosa, acariciaba sus ralas y blancas barbas. Al llegar a la jefatura de la guarnición de la plaza, Morelos Zaragoza platicó brevemente con algunos oficiales, quienes lo trataron bien, en atención a su edad. Enseguida le dieron algunos alimentos y después, lo condujeron a la prisión de Santiago Tlatelolco. A la salida, los mismos curiosos lo siguieron hasta la prisión de Santiago.⁷¹²

Llama la atención que nadie volvió a hablar de que estaba loco o había perdido la razón. Ni la prensa ni las autoridades o familiares volvieron a tocar este asunto. Sus defensores tratarían de salvarlo del paredón solicitando un amparo contra actos de las autoridades militares. En principio, pidieron que fuera puesto a disposición de las autoridades federales, alegando que Morelos Zaragoza no tenía grado militar al momento de su detención.⁷¹³ Lo que siguió en los meses siguientes fue una auténtica confusión

⁷¹²*Excélsior*, 10 y 11 de enero de 1919 y *El Universal*, 11 de enero de 1919.

⁷¹³*El Universal*, 11, 12, 14, 17 y 30 de enero de 1919 y *Excélsior*, 12, 17, 22, 25 y 30 de enero de 1919.



en su proceso. Las autoridades del ramo militar, no tardaron en declararse incompetentes. Por tal motivo el caso fue turnado a las autoridades federales, pero éstas, a su vez, devolvieron la causa a la Guarnición de la plaza. Así, se llegó a la primera semana de agosto de 1919, en un ir y venir de un lado a otro. En el interin falleció su esposa, y Carranza le permitió salir de la prisión para asistir al sepelio. Años más tarde fue liberado, quedándose a vivir en la ciudad de México. No se supo qué pasó con su hijo Roberto, con el cual entró en 1918 a suelo mexicano, pero es probable que su suerte no haya sido adversa. Finalmente, Ignacio Morelos Zaragoza falleció el 19 de diciembre de 1927, a nueve años de su aprehensión, en forma repentina y natural, a la edad de 74 años.⁷¹⁴

EDUARDO I. MARTÍNEZ

A MEDIADOS de 1918 se registró otro movimiento armado encabezado por un civil. Este último era el licenciado Eduardo I. Martínez, quien entró a México con una columna militar procedente de Estados Unidos. Tan pronto como se enteró de ello, el gobierno envió fuerzas suficientes para combatirlo. Pero en este caso sucedió algo insólito. Las fuerzas carrancistas enviadas a combatirlo, desertaron y se le sumaron, reconociendo la jefatura de Félix Díaz. Según noticias difundidas en Estados Unidos, el licenciado Martínez se desplazó sin ningún obstáculo en suelo mexicano, y llegó hasta la sierra para unirse a los generales Juan Andrew Almazán, Ignacio Morelos Zaragoza, Rodríguez y Miranda, con los que planeaba formar un bloque militar para acabar con el régimen de Venustiano Carranza. Un diario llamado *El Mañana* editado en McAllen, Texas, dio cuenta de que el licenciado Martínez operaba por el norte de Tamaulipas.⁷¹⁵

⁷¹⁴*Excélsior*, 20 de diciembre de 1927. Asimismo resulta interesante la carta de Elo-dia Morelos Zaragoza dirigida a Venustiano Carranza, el 27 de julio de 1919, pidiéndole la libertad de su padre, por problemas de salud, en el CEHM/Conдумex, Fondo XXI, Carpeta 137, legajo 1576, documento 1.

⁷¹⁵*Revista Mexicana*, núm. 144, 9 de junio de 1918.



SANTOS SOSA

PERO NO sólo había cruzado la frontera el grupo del licenciado Martínez, sino otros grupos anticarrancistas más. Tan pronto como las autoridades de ciudad Mier tuvieron conocimiento de la entrada de Santos Sosa, comisionaron al mayor Julián Sáenz Flores para combatirlo. Pero la suerte del grupo gubernamental también fue adversa. Primero cayeron en una emboscada, perdiendo varios caballos y armas. El mayor Sáenz trató de recomponer su columna, cuyos miembros habían quedado desperdigados, pero sólo reunió a unos cuantos y sin caballos. Para su sorpresa, el resto de sus hombres se unieron con los contrarrevolucionarios, al enterarse de que el mayor Santos Sosa, su antiguo jefe en ciudad Mier, era la cabeza. Este personaje, se había levantado en armas reconociendo a Félix Díaz. El ahora anticarrancista Santos Sosa, era muy querido por sus antiguos subalternos, y si no se le unieron todos los hombres que llevaba Sáenz Flores, fue debido a que no tenían suficientes caballos.⁷¹⁶

JUAN G. CABRAL Y JULIÁN MEDINA

EN JULIO de 1918, otros dos militares desterrados, los generales Juan G. Cabral y Julián Medina, atravesaron la frontera norte del país y se internaron en territorio mexicano, por Sonora, para luchar por la restauración de la Constitución de 1857. Durante la Convención de Aguascalientes, Cabral obtuvo un buen número de votos para la candidatura a la presidencia de la república. Decepcionado por el curso de los acontecimientos, se exilió en Estados Unidos. El caso de Julián Medina, es singular. Se trataba de un ex subalterno de Álvaro Obregón. Por cierto que la Soberana Convención de Aguascalientes premió sus servicios designándolo gobernador de Jalisco. Descontento con la política carrancista, abandonó el país y se refugió en Estados Unidos. Ahora, ambos emprendían una aguda lucha contra Carranza.⁷¹⁷ Como su incur-

⁷¹⁶*Loc. cit.*

⁷¹⁷*Revista Mexicana*, núm. 151, 28 de julio de 1918.



sión armada no tuvo éxito, Juan Cabral volvió a refugiarse en Estados Unidos. Al persistir en sus planes contrarrevolucionarios, en marzo de 1919 fue arrestado en Tucson, Arizona, al ser sorprendido por las autoridades organizando una nueva expedición armada con el fin de cruzar la frontera para unirse a las filas de Francisco Villa. El tribunal que juzgó al ex general Cabral le impuso una condena de dos años de prisión y una multa de 10,000 dólares.⁷¹⁸

ESPIRIDIÓN SALINAS

ESTE ANTIGUO soldado de las milicias irregulares de Nuevo León, en 1913 combatió a la revolución carrancista. A partir de la disolución del ejército federal, se dirigió a Estados Unidos, en donde esperó la primera oportunidad para volver a la patria. Cuando el licenciado Pedro González organizó su expedición armada, Espiridión Salinas se incorporó a ella y se batió valientemente en varios combates. Como premio a su bravura, el licenciado González lo ascendió a mayor en el mismo campo de batalla. Fracasada esta expedición, por falta de elementos, el mayor Salinas regresó a Estados Unidos en donde estuvo oculto durante más de un año, al cabo del cual, volvió a tomar las armas. En agosto de 1918 cruzó nuevamente el Río Bravo y enarboló la bandera reorganizadora felicista. Enterado de su perseverancia, Félix Díaz le envió, desde su cuartel general en Veracruz, su ascenso a teniente coronel.⁷¹⁹

ALFREDO I. CAMPOS

El coronel Alfredo I. Campos figuraba como empleado federal en el gobierno de Carranza. Con motivo de un fraude en la aduana fronteriza de Nogales, Campos presentó su renuncia y se expatrió en Estados Unidos. En septiembre de 1918, un contingente compues-

⁷¹⁸*El Universal*, 26 de marzo de 1919.

⁷¹⁹*Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918.



to de 60 hombres, en su mayor parte bien montados y equipados, al mando del coronel Alfredo I. Campos, atravesó la línea divisoria del norte de México, en un lugar inmediato a Sonorita, para internarse en el estado de Sonora, con el fin de incorporarse al Ejército Libertador que operaba en esta entidad a las órdenes de los generales Juan G. Cabral y Julián Medina.⁷²⁰

SANTOS CAVAZOS Y ALFREDO JUÁREZ

EN SEPTIEMBRE de 1918 operaba en México una columna expedicionaria al mando del Brigadier Santos Cavazos. No se sabe cuál fue su importancia, sus triunfos ni sus derrotas, pero se sospecha que al igual que otros, al poco tiempo se desmoronó. Pero al parecer uno de sus subalternos, el capitán primero Alfredo Juárez, corrió con más suerte, ya que operaba en Tamaulipas. Sobre sus antecedentes, se sabe que perteneció al extinto ejército federal hasta su disolución.⁷²¹

FEDERICO PLATT

EN MARZO de 1919 fue capturado Federico Platt, en El Paso, Texas, con varios millares de proclamas fechadas en la población de San Lorenzo, en las que les expresaba a sus partidarios que ya era tiempo de derrocar a Carranza. Al igual que otros, no se trataba de un personaje de arrastre entre los exiliados. Su suerte no fue mucha ya que resultó atrapado y como correctivo se le impuso un año de prisión.⁷²²

FELIPE ÁNGELES

A FINALES de 1918, se registró otro movimiento contrarrevolucionario en el norte del país, que a primera vista era peligroso

⁷²⁰ *Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918.

⁷²¹ *Revista Mexicana*, núm. 159, 22 de septiembre de 1918, e “Informes sediciosos. octubre de 1917”, en el AHSRE, L-E837/legajo 12.

⁷²² *El Universal*, 26 de marzo de 1919.

para el gobierno de Carranza. Se trata del movimiento dirigido por el general Felipe Ángeles, de extracción federal, y luego convertido al villismo. Al igual que el grueso de los militares etiquetados de federales, en octubre de 1915 Felipe Ángeles se refugió en Estados Unidos, en donde se topó con varios de sus viejos camaradas del Colegio Militar. Si bien durante el huertismo habían sido enemigos, las viejas rivalidades pasaron a segundo plano, y ahora los uniría su lucha común contra Carranza. En Estados Unidos, convivió con un buen número de villistas, felicistas, porfiristas, e incluso ex carrancistas como Antonio Villarreal. En el destierro observó el trágico fin de Huerta y de Pascual Orozco, se enteró de los resultados inciertos de la campaña de Félix Díaz, la muerte de Prisciliano Cortés y de la aventura de Ignacio Morelos Zaragoza. No obstante los negros augurios, Felipe Ángeles se sintió el caudillo adecuado para cumplir con el anhelado sueño de los innumerables desterrados, consistente en derrocar a Carranza y abrirles las puertas para su retorno.

Apoyado por Antonio Villarreal, Enrique Llorente, Federico González Garza, Enrique Santibáñez, Miguel Díaz Lombardo y otros villistas desterrados, en 1918 creó en la ciudad de Nueva York la Alianza Liberal Mexicana. En la primera semana de noviembre de ese año, la Alianza hizo públicas sus bases en las que se advertía que Ángeles regresaría a México para unificar a todas las facciones políticas.⁷²³ Que recorrería el país de norte a sur predicando la concordia, y la urgencia de que los distintos jefes rebeldes depusieran las armas. Una propuesta nada original ya que se trataba de los mismos propósitos que animaron a Federico Gamboa, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz, entre otros, al crear en 1915 la Asamblea Pacificadora Mexicana, lo cual les valió una tremenda reprimenda de Obregón, de Villa y, curiosamente del mismo Felipe Ángeles.⁷²⁴

⁷²³“La Alianza Liberal Mexicana. Bases fundamentales”, en el AHSRE, L-E-804, legajo 9.

⁷²⁴Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 19-20.

Como a Felipe Ángeles se le había olvidado la Asamblea Pacificadora Mexicana, ahora se apropiaba de sus banderas y emergía como todo un revolucionario capaz de redimir al pueblo mexicano y defender los ideales de la revolución de 1910. Además de ello, lo curioso es que aparecía convertido en un líder obrerista, agrarista, partidario del sufragio universal, de la libertad de cultos, de la educación del pueblo, defensor de la independencia económica, de la soberanía nacional, pero rechazaba la Constitución de 1917.⁷²⁵ Con semejante programa político, Ángeles estaba más cerca de Carranza, de Obregón, Pablo González, Francisco J. Múgica y de otros jefes revolucionarios, que de varios de sus colegas en el exilio. Pero hubo otro elemento que lo distanciaba de muchos expatriados en Estados Unidos. En los documentos programáticos se asentaba que para pertenecer a la Alianza Liberal, se requería ser mexicano, liberal, ajeno a la traición de Victoriano Huerta, a los asesinatos de Madero, Pino Suárez, y otros funcionarios públicos.⁷²⁶ En diciembre de 1918 Felipe Ángeles se internó en territorio mexicano, acompañado de los coroneles Alfonso Gómez Morentín, José Jaurrieta y un guía, y se dirigió hacia Cuchillo Parado, Chihuahua, para reencontrarse con Villa. Federico Cervantes, su vocero en Estados Unidos, difundió un manifiesto en el que Ángeles afirmaba que “dadas las circunstancias, restaurar la Constitución de 1857 y romper la cadena opresora”, era el único medio para restablecer la democracia en México. Al igual que ocurrió con Félix Díaz, muchos de sus antiguos correligionarios se enteraron de su llegada, pero no se le sumaron.

A pesar de que su campaña transcurrió sin pena ni gloria, a finales de mayo de 1919, las fuerzas villistas proclamaron a Felipe Ángeles presidente provisional de México y al propio Villa, secretario de Guerra. Como Carranza temía su alianza con Villa,

⁷²⁵ Además de las citadas bases sobre La Alianza Liberal Mexicana, véase los reportes y documentos del 2 de enero de 1919 firmado por Juan B. Rojo; del 10 de enero del mismo año por J. Flores Magón; del 9 al 12 de enero por Raúl V. Canales; del 12 de enero por el propio Felipe Ángeles; del 20 de enero firmado por Ramón Sánchez, en el AHSRE, L-E-804, legajo 2 y legajo 9 y L-E-837, legajo 8.

⁷²⁶ Alfonso Taracena, *LVRM (1918-1921)*, p. 71.

dispuso una cacería para atraparlo. Después de un año de peregrinar, y de cierta actividad militar, Ángeles se internó en la sierra chihuahuense, en donde fue víctima de una delación. El 15 de noviembre de 1919 fue aprehendido, juzgado por un consejo de Guerra, y condenado a la pena capital, acusado del delito de rebelión.⁷²⁷ Ángeles no pudo entender que Carranza se había consolidado y que los expatriados no tenían la menor oportunidad de derrocarlo. Los que podían heredar el poder, en forma violenta o pacífica, estaban adentro y no fuera del país.

Una vez que desapareció del mundo de los vivos, Ramón Puentes afirmó que el culpable de la desafortunada incursión de Felipe Ángeles en suelo mexicano había sido Manuel Calero, quien lo empujó a volver a México para derrocar a Carranza. Otros afirmaron que el objeto de su entrada en suelo mexicano era para corregir los errores que a diario cometía Francisco Villa. Pero lo cierto fue que Ángeles vino armado y, por lo tanto, se trataba de una contrarrevolución.⁷²⁸

IGNACIO BRAVO BETANCOURT

EN MARZO de 1919, la prensa carrancista difundió algo que resultaba desconcertante. Había sido descubierto un complot en La Habana destinado a derrocar a Carranza. En principio, la prensa mexicana expresaba que la policía cubana buscaba al abogado Ignacio Bravo Betancourt. De acuerdo con los informes que supuestamente llegaron de La Habana, en los primeros días de marzo, el teniente Herminio Incháustegui, jefe de la Sección de Expertos de la Policía Nacional de Cuba, recibió un anónimo en el que le participaban que el mexicano Ignacio Bravo Betancourt, se había convertido en uno de los principales agitadores de los obreros cubanos. La noticia no es creíble por dos razones: la primera, porque ase-

⁷²⁷ *Revista Mexicana*, núm. 180, 16 de febrero de 1919, *El Universal*, 20 de marzo de 1919, Odile Guilpain Peuliard, *op. cit.*, pp. 89-91, 96-100, Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 69-70 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 556 y 575.

⁷²⁸ Parte de esta discusión aparece en el libro de Odile Guilpain Peuliard, *op. cit.*, pp. 96-98.



guraba que Bravo Betancourt recién había llegado de México. La segunda, porque el abogado estaba allá desterrado desde 1914.

Con tales datos, el teniente Incháustegui llevó a cabo una minuciosa investigación para determinar si la denuncia era cierta. Acompañado de sus agentes, se presentó en la casa número 14 de la casa de huéspedes “Martínez House”, en la esquina que forman las calles de Virtudes y Paseo de Martí. Una señora abrió la puerta y al poco tiempo apareció Bravo Betancourt, preguntando para qué lo necesitaban. El teniente Incháustegui le mostró la orden firmada por las autoridades para catear la casa. La prensa dijo que la policía habanera halló numerosos rifles *Winchester*, revólveres sistema *Colt*, cientos de balas, diez cajas de parque, innumerables uniformes militares, documentos comprometedores para varios políticos mexicanos residentes en México y en La Habana, y baúles llenos de proclamas incendiarias que atacaban a Carranza. Pero la policía cubana no halló evidencia de que Bravo Betancourt fuera uno de los agitadores de los obreros isleños. De cualquier forma, el mexicano fue detenido y presentado ante el juez de Instrucción. La policía continuó su investigación para detectar, qué otros mexicanos exiliados, estaban metidos en tales menesteres. En principio, la noticia causó grave expectación entre sus correligionarios ya que se temía que Bravo Betancourt fuera expulsado de suelo cubano. A final de cuenta, el mexicano no fue expulsado de la isla, y nadie habló más de la supuesta aventura contrarrevolucionaria.⁷²⁹

AURELIANO BLANQUET

FINALMENTE, hubo otro movimiento contrarrevolucionario gestado en Estados Unidos, encabezado por Aureliano Blanquet, cuando alcanzaba los 68 años de edad.⁷³⁰ ¿Por qué este movimiento acau-

⁷²⁹*El Universal*, 27 de marzo de 1919.

⁷³⁰*Revista Mexicana*, núm. 186, 30 de marzo de 1919 y el núm. 188, del 13 de abril del mismo año y *El Universal*, 18 de abril de 1919.

dillado por una persona envejecida? La explicación radica en que, al igual que Victoriano Huerta y Félix Díaz, Blanquet estaba sumamente resentido. Le resultaba difícil olvidar que en octubre de 1913, había sido el compañero de fórmula de Huerta en las elecciones presidenciales. Ya sea que se acepten o no los resultados, lo cierto es que Blanquet llegó a sentirse vicepresidente de la república. Renunció en julio de 1914 tanto a la secretaría de Guerra como a la vicepresidencia, y salió del país con el orgullo lastimado. Pero la oportunidad para su posible desquite le llegó en 1919, demasiado tarde.

En ello tuvo que ver Félix Díaz, su viejo aliado en la Decena Trágica, quien llevaba más de tres años transitando con más pena que gloria por suelo mexicano. Félix Díaz pasó por alto que Blanquet fue cómplice de Huerta en su aniquilamiento político en 1913, y posiblemente en su destierro. En los primeros días de marzo de 1919, Félix Díaz engatusó a Aureliano Blanquet con un nombramiento medio fantasmal, de su segundo a bordo en la jefatura del Ejército Reorganizador Nacional.⁷³¹ Ingenuidad, senilidad, o falta de memoria sobre viejas traiciones y rivalidades, lo cierto es que Blanquet se creyó los embustes felicistas y aceptó.⁷³² Olvidó que durante el tiempo en que ambos coincidieron en el destierro en Estados Unidos, jamás se tuvieron confianza.

En virtud de ello, Blanquet se trasladó a La Habana para organizar una expedición y reunirse con Félix Díaz en suelo mexicano. Junto con los generales Luis G. Acosta, Francisco de P. Álvarez, Juan Montañón, el teniente coronel Ismael Cortés, el mayor Guillermo Rosas Gutiérrez y dos civiles, siete personas en total, emprendieron el viaje. Partieron en la goleta “Clara”, pero al acercarse a las costas mexicanas fueron avizorados por vigías del gobierno, razón por la cual maniobraron desembarcando finalmente cerca de la Villa Rica de Veracruz. Al pisar suelo mexica-

⁷³¹ “Informe a Candido Aguilar”, el 8 de febrero de 1919, en el CEHM-Condumex, Fondo XXI, caja 110 y Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 538.

⁷³² Editoriales de *El Pueblo*, México, 19 de abril de 1919, manuscritos de Venustiano Carranza, en el CEHM-Condumex, Fondo XXI, caja 110, carpeta 132.

no, Blanquet tomó un puñado de tierra y la besó. Después de conseguir algunos caballos, se dirigieron al lugar donde sabían que los esperaban los felicistas. El 23 de marzo de 1919, Félix Díaz se enteró del desembarco de Blanquet y fue a su encuentro, el que tuvo lugar en la finca “La Ciudadela”. Después de intercambiar saludos y lanzar una proclama, Blanquet juró luchar junto a Díaz sin descanso, hasta derrocar a Carranza.

Naturalmente, las tropas gubernamentales estaban al tanto del desembarco de Blanquet y de su reunión con Félix Díaz, razón por la que emprendieron una feroz persecución. En los días siguientes, Blanquet se reunió con el general Pedro Gabay en su campamento. A estas alturas, el general carrancista Guadalupe Sánchez los tenía a su alcance, razón por la que Gabay y Blanquet dejaron el campamento en forma apresurada, y se dirigieron al lugar llamado Barrancas Cuatas. A mediados de abril, Blanquet y su correligionario cruzaron las barrancas y se enfilaban hacia la hacienda Boca del Monte pero, en forma súbita, Gabay decidió regresar para enfrentarse a los carrancistas. No obstante su avanzada edad y mala salud, Blanquet decidió sumarse a las pretensiones de Gabay de repeler al enemigo. En esto estaban cuando quedaron atrapados y sin forma de escapar. Gabay le indicó a Blanquet que para salvarse, había que cabalgar por el filo de los precipicios, y en caso necesario, arrojarse a la barranca. Blanquet intentó cruzar la barranca, pero su caballo resbaló y cayó al precipicio, falleciendo, así, en forma instantánea. A los pocos minutos llegó Guadalupe Sánchez quien, al ver el cuerpo, le cortó la cabeza y se la llevó a Veracruz en señal de triunfo. Al retirarse los carrancistas, Gabay regresó para recuperar el cuerpo mutilado de Blanquet y sepultarlo.⁷³³ Su muerte tuvo lugar cinco días después de la de Emiliano Zapata.

⁷³³Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 538-552. Toda la odisea de Aureliano Blanquet aparece registrada en la *Revista Mexicana*, los números del 30 de marzo, 13 y 20 de abril, 4 y 27 de mayo de 1919 y *El Universal*, 21, 22 y 23 de abril de 1919. Sobre la muerte de Aureliano Blanquet y Emiliano Zapata, el informe del 22 de abril de 1919, en el AHSRE, L-E-804, legajo 5.



Qué pasó con el resto de los expedicionarios. Francisco Traslósheros fue capturado y ahorcado; el coronel Luis Amado, ante el peligro de ser atrapado, se suicidó; el general Francisco de P. Álvarez fue hecho prisionero y luego fusilado; Juan Montaña logró salvarse. No se sabe qué pasó con el coronel Ismael Cortés ni con el mayor Guillermo Rosas Gutiérrez.⁷³⁴ Lo que sorprende es la eficacia con la cual el gobierno ejecutaba a Blanquet y la benignidad con la que trataba a Félix Díaz. En abril de 1919, la prensa difundió que en La Habana estaba Rodolfo Reyes, listo para embarcarse a México para sumarse a la campaña encabezada por Aureliano Blanquet. Que sólo esperaba noticias sobre su llegada a México, para seguirlo, planeando desembarcar cerca del Puerto de Alvarado. Sólo que este último había perdido la vida.⁷³⁵

⁷³⁴*Loc. cit.*

⁷³⁵*El Universal*, 30 de abril 1919.